

EMILIA LANDALUCE

Jacobo Alba

La vida de novela del padre
de la duquesa de Alba

la esfera  de los libros

1

*Si puedes mantener la cabeza cuando todo a tu alrededor
pierde la suya y te culpan por ello*

Solo un perro y la reina de España saben que el XVII duque de Alba se muere en el hotel Royal de Lausana. Pese a que es consciente de que la esperan, Victoria Eugenia aún no ha reunido el valor necesario para entrar en la habitación en la que su fiel amigo agoniza. La noche anterior, el duque sintió un agudo dolor en el pecho. Había estado en Ginebra y se encontraba relativamente bien. Caminó por las calles de la ciudad con paso firme aunque lento. La fina brisa del incipiente otoño de 1953 le provocó un leve escalofrío; después un mareo casi agradable. No le dio importancia. Era el primer aliento de la muerte. A su vuelta, lo que él había denominado como «un leve cansancio» le postró en la misma cama de la que ya no sería capaz de levantarse.

La soberana ha preferido quedarse en Vieille Fontaine durante unas horas para departir con los médicos. Le bastaba con que le confirmasen la extrema gravedad de la enfermedad del duque de Alba. «No hay mucho que hacer», le ha dicho uno de los doctores ladeando la cabeza. «Tiene los pulmones destrozados por el cáncer».

Vieille Fontaine era un destino habitual en los periplos de Jacobo Fitz-James Stuart, Jimmy Alba, Jimmy Stuart. El duque sabía

bien que aquella casa era solo un dulce hogar si se tenía en cuenta la amargura del exilio de Victoria Eugenia. Y siempre que sus obligaciones se lo permitían, escapaba a la localidad suiza para ver a la viuda de Alfonso XIII, hablar con ella de tiempos más felices y recordar esa España sepultada para siempre bajo los escombros de la guerra.

El hotel Royal era perfecto. Estaba a cinco minutos andando de la casa de la reina. El duque disfrutaba de la compañía de Ena. No solo se trataba de devoción monárquica, era otra cosa... ¿Amor? Desde su llegada a Lausana, no había abandonado un solo instante a su reina salvo por esa fatídica escapada a Ginebra.

Victoria Eugenia se sentía incapaz de asumir el veredicto de los médicos:

—¿Por qué tiene que morir? ¿Por qué él precisamente? ¡Pero si ha estado muy bien todos estos días!

El médico no quiere perder la paciencia con la reina:

—El duque de Alba está acostumbrado a callar su sufrimiento. Él no querrá reconocerlo, pero lo mejor que se puede hacer es llamar a su familia.

La muerte se cierne sobre el ilustre enfermo y solo el perro *Jacobo* es capaz de percibir su sutil llegada al hotel Royal. Lo ha notado en el tacto febril de la mano que de vez en cuando le busca para acariciarle y sentir la humedad de su naricita azabache y sus orejas aterciopeladas. Entonces, el teckel apoya la cabeza en la palma del duque y reclama sus dedos con el hocico.

—*Jacobo*, eres tan bueno —dice con un hilillo de voz solo perceptible por los oídos del perro.

La frágil vida del hombre tendido en la cama se extingue delicada como la llama de una vela. El duque también sabe que apenas le restan unas horas, a lo peor unos días. El dolor se le antoja insoportable y anhela la llegada de esa última exhalación que le conduzca hacia la dulzura del regazo de la parca. Afortunadamente, tiene fe. En agosto, después del crucero junto a Luis y Cayetana por Italia y Grecia, había estado contemplando el *Mis-*

terio de Elche, del que era muy devoto. La muerte era un tránsito. Una dormición.

Alguien llama a la habitación del hotel Royal. Duque y perro interrumpen su diálogo de caricias y gruñidos.

—Señor duque —dice la voz femenina—, la reina está a punto de llegar. Voy a arreglar un poco su cuarto.

Y Jimmy, dócil, vuelve a colocar su brazo en la cama para que la camarera y, sobre todo, la reina no vean sus manos temblorosas y amarillentas. La enfermedad y los años de fumador han decolorado su piel. Por primera vez en su vida se siente quebrar, pero aprieta los dientes y ahoga otro suspiro. Está cansado.

Respira con dificultad. De vez en cuando, un espasmo interrumpe la tos constante. Una sensación de ahogo, ya demasiado familiar, le atenaza el pecho y le abrasa los pulmones. El perro sigue atento cada instante de angustia. Solo él sabe lo que sufre su amo; porque el duque de Alba nunca se queja. Por eso, a veces, el teckel aúlla para tratar de asustar a la muerte, esa amenaza invisible y desconocida, que se cierne sobre el hombre al que venera.

Tres golpes en la puerta advierten a Jimmy de la llegada de Hallican, su ayuda de cámara desde hace algunos años. El inglés saluda pero evita hablar con el duque para ahorrarle esfuerzos innecesarios. Coge en brazos al perro y sacude un almohadón que está en el suelo.

—*Jacobo*, quédate aquí.

Y el teckel, obediente, se enrosca sobre sí mismo mientras mantiene los ojos fijos en el lecho. El cojín le parece tan mullido y etéreo como una nube. El duque siempre viaja con lo que en Liria llaman el equipaje de los perros: el almohadón de *Jacobo*, las correas, los platos, la comida...

La camarera se despide. Apenas ha tenido que arreglar nada, pues la habitación estaba perfectamente ordenada. Hallican se ha encargado de ello.

—Adiós, señorita —susurra Jimmy en un vano intento de recobrar la marcialidad.

El inglés le hace un gesto a la camarera para que no le hable y sale junto a ella. En cuanto se queda solo, la voz de Jimmy se desploma y se torna quejumbrosa. El perro abandona el cojín al escucharle hablar de nuevo.

—Ya puedo irme tranquilo —murmura aterido, temblando entre los hilos que entretrejen las sábanas.

Y el perro, que siente su dolor, frunce la frente y levanta las orejas.

Le habla otra vez.

—Eres muy bueno.

Y *Jacobo* bate su rabo contra el cojín con esa cadencia que el duque siente tan familiar.

El tiempo se le agota. ¿Para qué luchar? El duque prefiere morirse ya. Solo tiene dos preocupaciones. Su perro y... ella. «*Jacobo* vivirá con mi hija Cayetana, pero... ¿y ella?». Piensa en Ena, ese secreto tan íntimo que ni siquiera él considera importante. Sonríe: «Era una historia imposible». Quizás la reina fuera el motivo por el que siente que algo le falla en el pecho; cada latido le produce una punzada. Pero no. Está acostumbrado a sufrir y a callar. «El deber es el deber. No hubiera sido adecuado. No lo era». La felicidad frente a la muerte le parece remota. ¿Y si el deber solo era una excusa? «No he querido tanto. No como Ena o mi esposa Totó se hubieran merecido. Hice lo que tenía que hacer. Tengo la conciencia tranquila. Ya me puedo morir».

Sí. Hacía ya cinco años que *Jacobo Fitz-James Stuart* y *Falcó*, XVII duque de Alba, podía haber muerto tranquilo. Ya poco le quedaba por hacer en este mundo. Bueno, sí, concluir la restauración de Liria y ver crecer a sus nietos. Y de repente su mente vuela a San Sebastián, donde había visto por última vez a *Carlos* y *Alfonso*, los dos hijos de *Cayetana*, su única hija. El duque miraba los cuerpecillos morenos de sus dos nietos rebozarse en la

arena de la playa de La Concha. Sangre nueva —y a la vez vieja— para la Casa de Alba.

Antes de su partida a Lausana, su madre les había llevado al hotel María Cristina, en donde el duque tenía reservadas sus habitaciones de siempre. Los niños irrumpieron en el vestíbulo del hotel con su alboroto habitual.

Cayetana ya le había advertido a su padre que no quería que los niños creciesen bajo las estrictas normas con las que el viejo duque la había educado.

—Que sean libres a su manera —le había dicho.

—Bueno, pero no salvajes.

—Claro que no, papá. Es una manera de hablar. Tendrán su *nanny*. Seguirán normas. Tendrán obligaciones, pero no serán como yo.

—¿Como tú, hija? Eso es imposible —le había contestado con su flema habitual.

Carlos había cumplido cinco años y era ya un proyecto de hombrecito. Tenía los hombros anchos y la cintura estrecha; la boca grande, con el labio inferior ligeramente pronunciado. Era un calco de su padre, Luis Martínez de Irujo.

«Cayetana no podría haber elegido un hombre mejor para casarse», piensa en su cama. «Era el adecuado». Y se deja de nuevo envolver por el recuerdo de sus nietos en San Sebastián.

Alfonso, por su parte, se empecinaba en caminar a su lado con la torpeza deslavazada de sus tres años.

—Abuelo, mira qué flotadores tan bonitos —balbució frente a uno de los puestos cercanos al hotel María Cristina.

Al duque le costaba ya respirar. Tenía los pulmones podridos y ahumados por la enfermedad, pero trató de adoptar un aire jovial frente a su nieto, que le tiraba del pantalón mientras señalaba una cabeza de pato.

Jimmy pensó en el flotador y dejó que su mente retornara a sus años más jóvenes. España acababa de irrumpir en el siglo xx. El rey había invitado a los tres hermanos Fitz-James Stuart a una

cacería de patos en el Real Sitio de Aranjuez, que se erigía majestuoso junto al Tajo.

Hernando, su hermano, siempre bromista y vital, caminaba junto a él. De repente, recogió un pato muerto del suelo y se lo tiró con todas sus fuerzas a Alfonso XIII, que esperaba al borde de un remanso del río.

—Cójalo, su majestad, que creo que es suyo.

Alfonso XIII, picado en su orgullo, saltó para atrapar el pato. El monarca casi acaba en el agua, pero logró mantener el equilibrio y, por supuesto, atrapar el cuerpo aún caliente del ave. Sin embargo, no pudo evitar que se le mojaran las botas de cuero que acababa de estrenar esa misma mañana.

—¡Eres terrible, Hernando! ¡Voy a mandar a la guardia real que te prenda! —le advirtió guasón.

El duque salió al paso de las amenazas del rey. Sabía que no iban demasiado en serio. Él y su hermano formaban parte de ese reducido círculo de cortesanos con el que el monarca se permitía ciertas licencias.

—Señor, ¿no decía que las botas le están algo estrechas? Si las humedece, se adaptarán a su pie enseguida. En el fondo, Hernando le ha hecho un favor.

Alfonso XIII rio con esa energía desbordante de los primeros años.

—Jimmy, lo que no sepas tú de trapos, no lo sabe nadie. *Naide* —recalcó con uno de esos dejes verbales del pueblo llano que tanto le gustaba imitar.

Sol, su hermana, comenzó a reír y abrazó a su hermano pequeño.

Hernando... cómo le había echado de menos estos diecisiete años. Había imaginado sus últimas horas tantas veces. Su miedo en la celda, el paseo, cruel denominación de los asesinatos en el Madrid republicano, cómo se habría sentido su hermano en el instante previo antes de que el pelotón comenzase a disparar. O ese último segundo antes del tiro de gracia en

una fosa de Paracuellos. Todos los españoles habían perdido algo en 1936.

Y aunque su cuerpo permanecía en una habitación de Lausana, en Suiza, su cabeza se empeñaba en retornar a aquella España que murió con la República o a aquella tienda de San Sebastián.

—Abuelo, el flotador.

—Perdona Alfonso. Me he distraído pensando en los preparativos del viaje.

El duque no podía evitar hablar a sus nietos como si fueran adultos. No había crecido al amparo de la inopia con la que, supuestamente, se protege a los niños. Sus padres le habían enseñado que el dolor era algo tan íntimo como el amor. Como el sexo. O quizás más. Y pese a que se había dejado arrastrar por la melancolía hasta el recuerdo de su hermano, volvió a disimular.

—Perdone, ¿cuánto vale el flotador?

El duque y su nieto volvieron caminando al hotel María Cristina. De repente, en un escaparate, Jimmy se encontró frente a frente con el reflejo del que aún era XVII duque de Alba. Buscó al joven que fue en ese viejo de setenta y cinco años. Lo reconoció consumido, enfermo, cansado. Nunca se lo ha dicho a nadie. Bueno, sí. Se lo ha contado confidencialmente al perro *Jacobo*, que con la mirada hondísima le hace saber que comprende cada uno de sus silencios.

Ese día de verano, algo le hizo pensar al viejo duque que no volvería a ver a sus nietos. Entonces, sentó a Carlos en sus rodillas. Le hubiera gustado advertirle de lo que significa ser duque de Alba. De cómo sería su vida.

Pero entonces recuerda. «El viejo mundo en el que crecí ha muerto. Claro que quedarán los títulos y Liria. Pero nada volverá a ser como antes. Incluso Cayetana cambiará con los tiempos».

Porque, ¿qué es ser duque de Alba ahora? Y pensaba en el palacio de Oriente huérfano de rey y a merced de un militar al que le quedaba estrecha la grandeza de España.